

5º. Domingo de Cuaresma. Año A

Lectio divina sobre Jn 11,1-45

La resurrección de Lázaro es el último de los 'signos' realizados por Jesús (Jn 2,1-12; 4,46-54; 5,1-9; 6,1-5.16-21; 9,1-7). Su relato es el más extenso del evangelio, si excluimos la narración de la pasión, con la que está íntimamente ligado: explica magistral, aunque simbólicamente, por qué *quien podía dar la vida a otros ha tenido que dar la propia por todos*. De hecho, es Jesús, nombrado hasta 22 veces, quien domina la escena. Junto a él, la familia de Betania, formada por hermanos, con quienes mantiene vínculos de estrecha amistad (Jn 11,3.5.11.35). Lázaro es el 'convidado de piedra' durante todo el relato, aunque sea el beneficiario principal: no habla antes de morir, queda en silencio al recobrar la vida. El episodio es la única ocasión en la que Jesús afronta la muerte y – no hay que olvidarlo – es la muerte de un querido amigo (Jn 11,3), una muerte, pues, que no lo deja insensible (Jn 11,35-36); pero que no le impide dejarse llevar más por el querer de Dios que por sus propios sentimientos.

En aquel tiempo, ¹un hombre llamado Lázaro había caído enfermo. Era natural de Betania, el pueblo de María y de su hermana Marta. [²María, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo, es la que ungió al Señor con perfumes y le secó los pies con sus cabellos]. ³Sus hermanas mandaron recado a Jesús, diciendo:

-«Señor, tu amigo está enfermo.»

⁴Jesús, al oírlo, dijo:

-«Esta enfermedad no acabará en la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.»

⁵Por eso Jesús, aunque tenía gran amistad con Marta, con su hermana y con Lázaro, ⁶continuó en aquel lugar otro par de días después de haber recibido el mensaje que le habían enviado. ⁷Pasado este tiempo, dice a sus discípulos:

-«Vamos otra vez a Judea.»

⁸Ellos replicaron:

-«Maestro, hace poco que los judíos quisieron apedrearte. ¿Cómo es posible que quieras volver allá?»

⁹Jesús respondió:

-«¿No es cierto que el día tiene doce horas? Cualquiera puede caminar durante el día sin miedo a tropezar, porque la luz de este mundo ilumina su camino. ¹⁰En cambio, si uno anda de noche, tropieza, porque le falta la luz.»

¹¹Y añadió:

-«Nuestro amigo Lázaro se ha dormido, pero yo iré a despertarlo.»

¹²Los discípulos comentaron:

-«Señor, si se ha dormido, es señal que se recuperará»

[¹³Jesús hablaba de la muerte de Lázaro, mientras que sus discípulos entendieron que se refería al sueño natural].

¹⁴Entonces Jesús se expresó claramente:

-«Lázaro ha muerto. ¹⁵Y me alegro de no haber estado allí, por vuestro bien. Porque así tendréis un motivo más para creer. Vamos, pues, allá.»

¹⁶Tomás, por sobrenombre 'el mellizo', dijo a los otros discípulos.

-«Vamos también nosotros a morir con él.»

¹⁷Cuando Jesús llegó, Lázaro llevaba ya cuatro días enterrado. [¹⁸Betania está muy cerca de Jerusalén, como a dos kilómetros y medio, ¹⁹y muchos judíos habían ido a Betania para consolar a Marta y María por la muerte de su hermano. ²⁰Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a su encuentro, mientras María se quedaba en casa. ²¹Y dijo Marta a Jesús:

-«Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. ²²Pero aún ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá.»

²³Jesús le dijo:

-«Tu hermano resucitará.»

²⁴Marta respondió:

-«Sé que resucitará en la resurrección del último día.»

²⁵Jesús le dice:

-«Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; ²⁶y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?»

²⁷Ella le contestó:

-«Si, Señor: yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenla que venir al mundo.»

²⁸Terminada esta conversación, Marta se fue a llamar a su hermana María y le dijo:

-«El maestro está aquí y te llama.»

²⁹María se levantó rápidamente y salió al encuentro de Jesús. ³⁰Jesús no había entrado todavía en el pueblo; se había detenido en el lugar donde Marta se había encontrado con él. ³¹Cuando los judíos que estaban con María en casa consolándola, vieron que se había levantado rápidamente y había salido, la siguieron, pensando que iría al sepulcro para llorar allí. ³²Sin embargo, María se dirigió adonde estaba Jesús. Cuando lo vio, se puso de rodillas a sus pies, y exclamó:

-«*Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano.*»

³³Jesús, al verla llorar, y a los judíos, que también lloraban, lanzó un hondo suspiro y se emocionó profundamente. ³⁴Después les preguntó:

-«*¿Dónde lo habéis sepultado?*»

Ellos le contestaron:

-«*Ven, Señor, y te lo mostraremos.*»

³⁵Jesús se echó a llorar. ³⁶Los judíos comentaban:

-«*¿Cómo lo quería!*»

³⁷Pero algunos dijeron:

-«*Y uno que le ha abierto los ojos a un ciego, ¿no podía haber impedido que muriera éste?*»

³⁸Jesús, sollozando de nuevo, llega al sepulcro. [Era una cavidad cubierta con una losa]. ³⁹Dice Jesús:

-«*Quitad la losa.*»

Marta, la hermana del muerto, le dice:

-«*Señor, ya huele mal, porque lleva cuatro días.*»

⁴⁰Jesús le dice:

-«*¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?*»

⁴¹Entonces quitaron la losa. Jesús, levantando los ojos a lo alto, dijo:

-«*Padre, te doy gracias porque me has escuchado; ⁴²yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado.*»

⁴³Y dicho esto, gritó con voz potente:

-«*Lázaro, ven afuera.*»

⁴⁴El muerto salió, los pies y las manos atados con vendas, y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo:

-«*Desatadlo y dejadlo andar.*»

⁴⁵Y muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él.

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

La narración se abre con una descripción detallada de la enfermedad del amigo (Jn 11,1-3) y se cierra con una orden de Jesús, que vence la muerte, ya consumada, de Lázaro (Jn 11,45-53). Tras una breve introducción (Jn 11,1-6), el relato está formado, básicamente, a base diálogos (Jn 11,7-16: Jesús y los discípulos; Jn 11,17-27: Jesús y Marta; Jn 11,28-37: Jesús y María; Jn 11,38-44: Jesús y Marta), breves secuencias narrativas y comentarios del cronista (Jn 11,2.5.13.18-19.30). Aunque no se puede separar la acción de las palabras, son éstas las que desvelan el sentido último (Jn 11,4.11.15.25.42.43). Como ya hizo en el caso de la curación del ciego, Jesús justifica su actuación antes de realizarla (Jn 11,9-10; cf. 9,4-5).

Se inicia el episodio presentando los personajes y la situación (Jn 11,1-6). Lázaro, enfermo de gravedad, habita en Betania, una villa junto a Jerusalén (Jn 11,18). Sus hermanos no piden a Jesús explícitamente la curación; le informan, como amigo, de su enfermedad (Jn 11,3; 2,3). Jesús reacciona de modo sorprendente: no obstante su afecto (Jn 11,5) se entretiene donde está 'dos días' (Jn 11,6.22.33): bien sabe que la enfermedad no es mortal, sino instrumento de la gloria de Dios y de la glorificación de su Hijo (Jn 11,4).

El diálogo que Jesús mantiene con sus discípulos (Jn 11,7-17) clarifica el sentido del signo. Decidido a subir a Jerusalén, protestan los discípulos con buenas razones: los judíos buscan su fin. Jesús les asegura que no se ha de dar por terminada la jornada de trabajo que Dios le ha confiado: su misión no está acabada. Debe despertar al amigo dormido, pues no es aún noche (Jn 11,11). Jesús no se deja llevar por afectos sinceros, sino por la conciencia de su misión. Los discípulos no entienden (Jn 11,13) y piensan que el enfermo no merece una visita; si duerme, está mejorando (Jn 11,12). Jesús les explica que el sueño de Lázaro es muerte real, pero no definitiva (Jn 11,14): *ha 'dejado' morir al amigo para que los discípulos crean*. Y más chocante aún: esa fe, obtenida a tal precio, es motivo de alegría para Jesús. Por eso, ha retrasado el viaje. Ante la resolución de Jesús de dar vida al amigo muerto (Jn 11,15), Tomás, el discípulo que en el cuarto evangelio es portavoz de las dudas de los demás (Jn 14,5; 20,16.24-29; 21,2), se atreve a exhortarlos a que compartan las suerte de Jesús. Por vez primera, un discípulo habla de 'morir con' el maestro, sin entenderlo (Jn 11,16). La incompreensión es clara: Jesús no busca ahora ser seguido hasta la muerte, sino simplemente que crean en él.

El **diálogo con Marta** (Jn 11,18-27) sirve para, antes de narrar el milagro, anticipar su sentido último. La muerte ha, aparentemente, vencido (Jn 11,21.39): Lázaro lleva cuatro días muerto (Jn 11,17). Su casa está llena de luto (Jn 11,19) Encontrando a Jesús, Marta se lamenta por su ausencia; con él en casa, el hermano no habría muerto. Marta confía en la eficacia de la oración de Jesús, a quien ve como taumaturgo (Jn 11,22). Sus palabras no son confesión de fe, sino expresión

de su convicción religiosa y de una grande estima: con él Dios habría realizado lo que hubiera pedido (Jn 11,22). Jesús responde con aplomo (Jn 11,23: *tu hermano resucitará*). Marta piensa – y se equivoca – en la resurrección final (Jn 11,24) Jesús – y es un gran salto, que requerirá auténtica fe para aceptarlo – se presenta como *resurrección y vida* (Jn 11,25a). Para quien cree la muerte no es definitiva: quien cree vivirá, aunque esté muerto (Jn 11,25b-26). La fe, aceptación de Jesús como vida, asegura *vida ahora y después*; libera *de las dos muertes, la física y la eterna*.

El relato del milagro (Jn 11,38-44) va precedido por el del encuentro de María con Jesús (Jn 11,28-32) e por el desencuentro de Jesús con la muerte (Jn 11,33-37). Antes de ser vencida (Jn 11,34), la muerte de Lázaro, deplorada por María (11,32) e llorada por Jesús (Jn 11,35), llena la escena.

Ya creyente, Marta avisa a su hermana que Jesús la llama. Alcanzado en el camino, María no tarda en repetir el reproche de su hermana (Jn 11,32.21). *Jesús no permanece insensible al dolor ni ante la muerte* y se conmueve profundamente (Jn 11,33.38), hasta llorar ante la tumba del amigo (Jn 11,34.35). Su turbación prueba el amor (Jn 11,36) al tiempo que alimenta la crítica de los espectadores: quien da luz a un ciego bien podría haber curado un moribundo (Jn 11,37): ¡donde no hay fe, ni siquiera el amor demostrado es fiable!

Pero Jesús no vino a curar moribundos, sino a resucitar muertos. Y lo hace con autoridad (Jn 11,39.43.44), después de pedir fe a la desconsolada Marta (Jn 11,40) y de dar gracias a Dios (Jn 11,41-42): la fe precede la actuación de Dios: la fe y la actuación de Dios tiene la fe en Jesús como objetivo (Jn 11,39.41). Ante la muerte triunfante Jesús no pide un milagro, lo da por realizado. Su oración nace de la intimidad que lo une a Dios. Da gracias porque está seguro de ser escuchado (Jn 11,41). Y en la oración añade un importante detalle: lo que hace, lo hace como enviado de Dios. La resurrección de Lázaro prueba que su misión personal tiene su origen en Dios.

Por eso se narra el milagro con extrema sobriedad. Lázaro es convocado a la vida por su nombre (Jn 11,43): la resurrección es llamada personal. Pero Lázaro sale de la tumba, legado aún a la muerte, envuelto en la mortaja, de la que necesitará ayuda para liberarse. No es la suya una resurrección definitiva.

El milagro divide a los espectadores. Muchos creen, otros conspiran. Creer en Jesús fue necesario para que volviera a la vida el hermano; pero ni siquiera la resurrección de un muerto lleva necesariamente a la fe. Solo quien cree en Jesús, vida y resurrección, vencerá la muerte, la suya y la de los suyos.

II. MEDITAR: *aplicar lo que dice el texto a la vida*

Desde el inicio, el relato subraya la amistad de Jesús con la familia de Betania: el difunto es su amigo, su muerte lo llena de dolor. Jesús no sólo morirá por nosotros; ha conocido el desgarramiento que la muerte produce en nuestro corazón. No es el nuestro un Salvador que no haya sentido la pena de la que va a liberarnos. Precisamente por ello, y teniendo en cuenta la expectativas de las hermanas, la primera reacción de Jesús es extraña: no tiene prisa por hacerse presente, se muestra indiferente ante la gravedad de la situación. Para el narrador, en realidad, Jesús no actúa llevado por su compasión, ni siquiera por su amistad, sino para revelar al Padre y su bondad. No se apresura a ayudar a un querido amigo, quiere suscitar la fe en su Padre querido. No ha venido para hacer favores solo a los amigos, sino para revelarse como vida de todos. *¿Qué busco, en realidad, cuando busco a Jesús, mi propio interés, mi 'salvación', o su gloria, la manifestación de su persona? ¿Le busco para que satisfaga mi necesidad o para que haga su voluntad? Lo quiero para que me quiera, o lo quiero para lo que él quiera?*

Por, en cierto modo, Jesús *'dejó' morir al amigo por una buena razón...* [¡seguro que no la entendieron sus hermanas! *para que sus discípulos creyeran*]. La fe del discípulo, obtenida a tal precio, fue, con todo, motivo de alegría para Jesús. Por eso, se permitió llegar tarde para socorrer a Lázaro: lo había querido tanto que lloró cuanto lo encontró muerto; pero prefirió la fe de sus discípulos al amor del amigo. *Quien no soporte retrasos y desilusiones en la amistad con Jesús perderá la ocasión de llegar a creer en él*. Jesús debe ser acogido cuando llegue, aunque sea con retraso, aunque no venga a calmar nuestra necesidad, aunque no le preocupen nuestros males. Dejarle en libertad, sin dejar de desearle, es el camino que hemos de recorrer para llegar a ser en él creyentes.

Porque quien cree en él, aunque muera – y moriremos – vivirá con Él siempre: la muerte no es el destino final de quien cree en Jesús, vida y resurrección. El diálogo entre Jesús y Marta, no hay que olvidarlo, se realiza ante un muerte que hiede. La fe está a prueba, pues, de evidencia palpable. Jesús no es un taumaturgo poderoso, no es un simple resucitador de muertos; es la vida por antonomasia, la resurrección. La muerte vendrá, pero no será definitiva, en casa del creyente. Quien acepta a Jesús como vida propia – y eso es la fe –, vivirá para siempre. Habría que recuperar hoy el coraje de creer y proclamar no ya solo la resurrección de los muertos, sino a Cristo nuestra vida y nuestra resurrección. Quien lo cree de verdad, no teme morir, porque de esa muerte segura lo ha liberado Cristo Jesús.

El Jesús que se dirige al sepulcro de Lázaro, lugar de la victoria de la muerte (Jn 11,39), es un Jesús profundamente turbado por la muerte que va a vencer (Jn 11,38). Ser la vida no le hace insensible a la muerte; más bien, todo lo contrario. Porque donde hay muerte, no ha llegado aún Jesús. La presencia de la muerte en nuestras vidas causa dolor y desamparo, pero no desesperación. Porque la muerte que nos toca vivir ha sido ya vencida; su derrota es cuestión de tiempo. Y mientras más omnipresente sea, más anhelaremos la venida de Jesús y mejor lo esperaremos. El Jesús que resucita a Lázaro se ha

acercado a la tumba del amigo y ha sentido el hedor del muerto antes de hacer ver la gloria de Dios. Solo la fe, esa convicción de que Dios puede, y quiere, vencer nuestras muertes, nos permite ver a Dios. *Creer es la capacidad de romper la muerte, abrir sepulcros, ve a Dios, donde solo se percibe su ausencia.*

Ante la muerte victoriosa, Jesús reza; no pide un milagro, lo da por hecho. En la oración aparece la intimidad con Dios en la que vive. Por saberse hijo, se sabe escuchado; y puede adelantar la acción de gracias a la realización del prodigio. Por eso, la resurrección de Lázaro es sólo la ocasión para revelarse como hijo y enviado de Dios. Y como ha dado la vida a un muerto, querrá dar la vida para que todos los muertos la tengan asegurada. Muerto él, será vida para todos. *El creyente no espera, tras su muerte, un lugar donde vivir eternamente, sino una persona que será su vida para siempre. Resucitar no es volver a la vida, sino regresar al Señor de ella. El cristiano es esperado, desde siempre, por todo un Dios, y por El será llamado personalmente.*

III. ORAR: *desear que se realice en mi lo que he escuchado*

Que hayas conocido la amistad y el amor de una familia me consuela, Señor. ¡Te me pareces tanto! Haber sentido la necesidad de ser acogido, comprendido, querido tal como eras te hace más próximo a mi. Pero, al mismo tiempo, me da aprensión y algo de miedo. Si así tratas al amigo que te necesita en el momento de mayor debilidad, ¡qué desgraciados pueden llegar a ser tus amigos!

A Lázaro lo 'usaste' para darte a conocer como vida para todos, y no simple resucitador de un muerto. Concédeme, como al amigo muerto, que mi vida, y que sobre todo mi muerte, sean ocasión para que te manifiestes tal como eres, hijo agradecido de Dios y su enviado y representante. Que mi forma de vida exprese mi fe en ti, mi vida. Y que mi muerte te revele como resurrección de todos. Que mi debilidad extrema revele tu poder salvífico y se convierte en ocasión para que los demás crean en ti, vida y resurrección.